

El presente del pasado

UNA PUBLICACIÓN DEL OBSERVATORIO DE HISTORIA

elpresentedelpasado.com

NÚMERO 53, 16 al 22 de septiembre, 2013

Primer aniversario

ESTA SEMANA

Bernardo Ibarrola

Halina Gutiérrez Mariscal

Fernando Pérez Montesinos

Luis Fernando Granados

Diana Salazar Tapia

Jorge A. Méndez

Agustín Córdova

◀ LUNES 16

Democracia selectiva

Bernardo Ibarrola

Un grupo de personas se apropió de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM a partir del sábado 14 de septiembre y la declaró en “paro indefinido”... aunque, al mismo tiempo, quedó de devolverla ayer por la mañana. Según un texto dirigido a la comunidad de esta facultad por su cuerpo directivo,

El viernes 13 de septiembre a las 17:00 horas, un grupo que dice representar a la autodenominada “asamblea estudiantil” informó de la “toma” de la facultad, como inicio de un “paro indefinido” para apoyar a los maestros de la CNTE. Sin embargo, las actividades académicas prosiguieron de manera normal, casi en su totalidad.

Luego de dialogar varias veces con este grupo para “invitarlo” a expresar su solidaridad de otras maneras —continúa el comunicado—, éste expresó su “más rotundo rechazo a su decisión de cerrar la facultad hasta el domingo 15 a las 8 de la mañana”. Y puesto que “mantuvo una actitud inflexible”, “se le exi-

gió firmar un documento en el cual se hiciera responsable del cierre de la misma, así como de las áreas en las que permanecería”.

En otras palabras: la dirección no impidió que dicho grupo tomara la facultad, pero consiguió, a cambio, que le firmara un recibo por ésta. Puesto que no presencié estas conversaciones, no puedo saber a qué presiones fue sometido el cuerpo directivo ni con qué elementos de fuerza contaba este grupo. Pero sí puedo colegir fácilmente sus intenciones inmediatas: utilizar la facultad como punto de cita y concentración para una nueva manifestación, como se ve en [este](#) cartel, pegado en la puerta.

Comprendo que haya personas que quieran participar activamente en el pulso que la disidencia sindical de la SEP sostiene con el gobierno federal. También me parece revelador que quienes pretenden hacerlo desde la Facultad de Filosofía y Letras ignoren con tal donaire la voluntad de la mayoría y la obligación de los representantes de actuar según el mandato expreso de los representados, dos condiciones sine qua non de cualquier movilización democrática.

Desde que ingresé como alumno a la FFyL, hace casi un cuarto de siglo, he presenciado muchas “tomas” de mi facultad, por los mo-

tivos más variopintos. Ninguna de ellas, sin embargo, ha sido respaldada por la mayoría de la comunidad; todas han sido obra de pequeños grupos bien organizados y con objetivos precisos: “vanguardia revolucionaria” deben considerarse ellos en el mejor de los casos; aspirantes a dirigentes de cuadros de organizaciones políticas más o menos opacas o simples aprendices de politicastos, me han parecido siempre a mí.

Lo cierto es que unos cuantos deciden el cierre de una facultad integrada por 1 434 académicos y 7 993 estudiantes; es decir, por 9 427 personas, sin contar a los demás trabajadores. Y lo hacen, según ellos, “por consenso”, cuando consenso quiere decir, literalmente, “acuerdo producido por consentimiento entre todos los miembros de un grupo”.

Me parece que en esta simple definición hay una clave para comprenderlos. Supongo que si se les preguntara, nos dirían que el *consenso* es su norma; que, en efecto, todos los integrantes de su grupo acordaron tomar la facultad. Ellos se representan a ellos mismos y actúan en función de sus propios objetivos, lo cual me parece estupendo, pero no tiene nada que ver con la comunidad de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

Tal vez me equivoque, pero lo dudo. Estoy seguro, en cambio, que harán todo lo posible para que no prospere la asamblea general de estudiantes para discutir estos asuntos el 17 de septiembre al mediodía, cuya convocatoria ya circula en las redes sociales (véase [aquí](#)). Es más: apuesto que al cartel que convoca a esta asamblea y que se ve en [esta](#) foto, será arrancado en las próximas horas. 🍷

↔ MARTES 17

Historia pública en construcción

Halina Gutiérrez Mariscal, Fernando Pérez Montesinos y Luis Fernando Granados

Trescientos sesenta y cinco días después, quienes hacemos esta publicación hemos confirmado eso que Perogrullo —y la antropología y a veces también la sociología— saben desde tiempo inmemorial: que las comunidades se hacen, se construyen de manera cotidiana. Cada día un poco más, tropezándose a veces, encontrándose a menudo,

balbuceando una conversación que todavía, al menos en nuestro caso, está lejos de convertirse en discurso.

Durante un año escaso y a la vez larguísimo, la comunidad que se constituye y se encuentra en este espacio —más de dos mil personas que “siguen” el *blog* en Facebook, Twitter y por correo electrónico, las más de 180 mil veces que algún texto ha sido leído—, ha ido descubriendo e inventando una manera de practicar la historia para la cual no recibimos educación alguna: desde el presente y para el presente, negando la idea de que el pasado es algo desligado de la vida, intentando transparentar las maneras en que se construye el conocimiento histórico, experimentando con géneros y saberes ajenos a nuestra formación, imaginando soluciones para los muchos dilemas que enfrenta la disciplina, fantaseando con romper las camisas de fuerza que definen a nuestro oficio. Como este ensayar una historia pública está en construcción, a nadie deberían sorprender nuestros deslices e imprudencias, la inocencia de algunos de nuestros textos, lo heteróclito de nuestras miradas, la torpeza con que a veces nos expresamos; también los tropezones forman parte del aprendizaje.

Paradójicamente, la creatividad, el sentido crítico y la determinación de quienes leen y comentan y escriben en este sitio no es sino consecuencia de la crisis política y cultural por la que atraviesa nuestro país. Si alguien imaginó que la restauración priista iba a significar el restablecimiento de la paz social o la reconstrucción del estado (mafioso) de bienestar, los últimos diez meses han actualizado —dolorosa, groseramente— la sabiduría desplegada por Marx al principio de *El 18 brumario de Luis Bonaparte*: no hay peor cosa que la segunda parte de una mala obra.

Nada lo ilustra mejor que la política educativa del gobierno. Acaso porque la SEP está encabezada por el responsable último de la matanza de Acteal, el nuevo régimen sólo ha sabido comportarse de manera sectaria y gangsteril, primero decapitando al sindicato de profesores sin tocar su estructura antidemocrática, más tarde cediendo a la presión de quienes buscan transformar el patrimonio histórico y cultural en mercancía turística, y finalmente, y de modo más oneroso para el

futuro de la sociedad, imponiendo una reforma laboral que socava —volatilizándolas— las condiciones de trabajo de los docentes de primaria y secundaria sin atender en absoluto las causas del deterioro de la educación pública en México.

En ese sentido, la comunidad y la visión que ha ido articulándose en este espacio puede verse como una de las muchas respuestas sociales a la crisis del sistema educativo en su conjunto. No es casual que los dos textos más difundidos hasta ahora sean el de Aurora Vázquez Flores con la **primicia** de la destitución de Boris Berenzon de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM (36 811 lectores) y el de Renata Schneider sobre el **despido** de Sergio Raúl Arroyo de la dirección del INAH (11 420 lectores).

La suerte de la educación pública nos preocupa y nos compete porque, más allá de las diferencias políticas, profesionales y metodológicas con que nos acercamos al pasado, lo que parece unir nuestro esfuerzo es la certeza de que la historia es ante todo un aprendizaje: un proceso de interrogación, crítica y debate —que expresamos como estudiantes y como maestros, que practicamos cuando escribimos o cuando ensayamos otras formas de comunicación— que sólo tiene sentido si se hace de manera colectiva, en sociedad y de cara a la sociedad. 🍷

↔ MIÉRCOLES 18

En familia... con Enrique

Diana Salazar Tapia

*Estoy decidido a usar todos los instrumentos
del estado democrático para impulsar
la transformación que reclama la gran
mayoría de los mexicanos.*

Enrique Peña Nieto

El 2 de septiembre, Enrique Peña Nieto erindió un mensaje a la nación que se transmitió tanto en la radio como en la televisión, con motivo de su primer informe de gobierno. Hasta hace unos años, los informes eran leídos en el congreso frente a los legisladores. El toque que le dio Peña Nieto a su informe fue presentarlo (un día después de haberlo entregado al congreso) ante la clase política y

ante grupos de poder que fueron previamente invitados a Los Pinos, así como representantes de medios de comunicación, de asociaciones religiosas, empresarios y diplomáticos.

La sesión fue solemne en todos los sentidos, sin ningún punto de vista en contra, sin gritos ni sombrero; muy al estilo del salinato, todos aplaudiendo a lo dicho por el señor presidente. Esta es la imagen que Enrique Peña Nieto quiere mostrar al mundo. Según él, la mayoría de los ciudadanos está de acuerdo con la reforma energética, siendo que existen **encuestas** realizadas del 25 de agosto al primero de septiembre en las que se establece que el 80 por ciento de los mexicanos está en contra de dicha reforma.

Otra reforma de la que habló Peña Nieto fue la educativa, la cual provocó la casi paralización del centro de la ciudad de México durante cuatro semanas, a causa de las protestas y las marchas de los maestros inconformes con los atropellos a sus derechos laborales —y que terminó el viernes 13 con el desalojo del campamento de la CNTE—. La mención a este problema fue la siguiente: “La inmensa mayoría de los docentes se encuentran en sus aulas laborando con vocación de servicio y amor a la educación.” Basta ver las imágenes que se han publicado en la prensa para percatarse de la inconformidad, para darnos cuenta de el disgusto y la impotencia que sienten los docentes al no poder opinar sobre lo que les afecta en sus derechos laborales.

Peña Nieto también habló de la “cruzada contra el hambre”, la gran campaña social de su gobierno, que en lo personal me hace recordar las medidas adoptadas en el gobierno de Carlos Salinas de Gortari: los tortibonos y las tiendas Liconsa, que jugaron el papel de paliativos pero no resolvieron los problemas de fondo del país. Desgraciadamente, parece que este programa tampoco va extirpar de raíz el problema de la pobreza en México.

Finalmente, Peña abordó el tema de las policías comunitarias: puntualizó que no se va a permitir que la gente se haga justicia por su propia mano, pero no habló de cómo se les va a defender, a pesar de que a diario sufren los abusos y vejaciones de la delincuencia organizada. La violencia y la corrupción, que es lo que más afecta a los mexicanos, fueron los temas ausentes en el mensaje de Peña Nieto.

¿Por qué Peña Nieto no dio su informe en el congreso como cualquier otro priísta?, ¿por qué, al igual que en las telenovelas, habló de una realidad ficticia?, ¿por qué dio un mensaje en Los Pinos con gente que le aplaudía cada una de sus palabras? El mensaje sólo dejó ver a quién van dirigidas cada una de las propuestas: qué importa si las ve el pueblo de México o no lo ve. Eso carece de relevancia; lo importante es saludar de mano a cada uno de los personajes presentes en el acto.

Como ya se ha dicho en otros textos de este blog, el “nuevo” PRI frente al que estamos no es más que la continuación del que dejó el poder en 2000. Todavía Vicente Fox se atrevió a enfrentar al congreso después de sus tropiezos y altibajos. En cambio, Felipe Calderón y ahora Enrique Peña Nieto no dan la cara y hacen oídos sordos a las inconformidades de la mayoría. Por eso la lucha contra la reforma energética y contra la reforma educativa aún no termina; apenas está comenzando, a pesar de las críticas en los noticieros de Televisa, TV Azteca y uno que otro periódico. A pesar de sus artimañas, existe gente consciente que no cree en su farsa telenovelesca. 🍷

⌂ JUEVES 19

Crítica selectiva

Jorge A. Méndez

En su entrada “Democracia selectiva”, Bernardo Ibarrola plantea algunas cuestiones a las cuales, me parece, es necesario hacer aclaraciones, apuntes y demandas. El texto cuestiona la toma de las instalaciones de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM realizada por algunos estudiantes en la noche del 13 de septiembre. Su crítica, fundamentalmente, consiste en la denuncia del carácter unilateral y antidemocrático de la decisión, argumentando, entre otras cosas, la naturaleza sectaria de pequeños grupos que, según él, se consideran a sí mismos “vanguardia[s] revolucionaria[s]”. En su idea, estos grupos harían todo lo posible para que no prosperara la asamblea convocada para el martes 17 de septiembre. A todo esto pueden realizarse las siguientes objeciones:

1. Ibarrola reclama que la decisión fue tomada por encima de la mayoría de los inte-

grantes de la facultad. Sin embargo, hace gala de su carácter puramente intelectual, pues no contempla que la situación concreta difiera radicalmente de la ideología. ¿Puede acaso el doctor Ibarrola enunciar un ejemplo claro en el que una decisión en la facultad no haya sido tomada por encima de la mayoría de sus integrantes, ya sea promovida por estudiantes, trabajadores, académicos o administrativos?

Ante los sucesos del viernes 13 de septiembre, grupos de activistas organizados en la facultad tomaron una decisión pronta como respuesta, ya que, obviamente, no podían recurrir a una instancia inexistente (que, en la idea de este profesor, aglutina a la totalidad de los integrantes de la facultad en todo espacio y en todo tiempo). Todavía mejor, ante la evidencia de que un paro indefinido no apoyado por la comunidad fracasaría de manera contundente, se decidió abandonar la toma de instalaciones el mismo sábado 14 por la mañana y esperar la deliberación de la asamblea convocada para el martes 17.

2. Ibarrola argumenta que el mecanismo de las asambleas convocadas por esos mismos grupos consiste en la imposición del consenso y, según lo dijo en alguna de sus clases, en el desgaste. Sin embargo, ante mi cuestionamiento sobre la ausencia de crítica a las autoridades de la facultad en su texto, que —utilizando sus propios argumentos— constituiría el ente antidemocrático por excelencia, recibí como respuesta lo siguiente:

Respecto a mi ausencia de crítica sobre lo que ocurre en la facultad: no tienes por qué conocer mi biografía ni yo tengo ganas de contarla; en todo caso, cuando se tercia, busco plantear mis opiniones en los espacios adecuados: el comité académico del Colegio de Historia, el Consejo Técnico de la facultad, las reuniones de profesores, y me temo que se tercia con una frecuencia muy superior a los que conviene a mis buenas relaciones públicas.

Evidentemente mi pregunta se refería a un asunto claro, “la ausencia de crítica a las autoridades de la facultad”, no a su biografía o al interés que pudiera tener en contarla, que por lo demás carece totalmente de importancia. Su respuesta evidencia una incongruencia

contundente: la falta de crítica a las autoridades antidemocráticas, catalogadas así utilizando sus propios preceptos, revela que su postura en última instancia no se basa en argumentos; se basa tal vez, quizá, en un mero sentimiento de rechazo originado por experiencias anteriores ante situaciones similares. La ausencia de dicha crítica (que podría argumentarse se debe a un silencio voluntario) se explica por la inexistencia de la misma, pues el doctor Ibarrola, como él mismo lo menciona, confía y recurre a instancias oficiales para expresar sus ideas —instancias que, utilizando una vez más sus propios preceptos, han demostrado en sinnúmero ocasiones su ineficacia democrática (véase mi **comentario** a su texto).

3. En el texto se generaliza de manera indiscriminada, y se asegura que estos grupos evitarían el desarrollo de la asamblea, y que incluso algún cartel de convocatoria, cuya foto se publicó, iba a desaparecer en las horas siguientes. Ibarrola extiende la actitud propia de una minoría marginada, que lamentablemente aún existe, al resto del activismo estudiantil en la facultad, pues parece ser que para él (como para muchos otros) no cabe la posibilidad de que en la movilización nos encontremos, en mayoría, personas que tomamos una actitud radicalmente distinta. Pero es comprensible, pues traslada su propia experiencia, de manera automática, a una situación actual que desconoce.

Como respuesta a un comentario, Bernardo Ibarrola dice: “Yo creo que el problema de base es que los alumnos están totalmente desmovilizados. Creo que la única posibilidad que esto cambie es que revivan las verdaderas organizaciones estudiantiles, que además están contempladas en la legislación universitaria.” Sería bueno, en una demostración de congruencia, que enunciara a las “verdaderas” organizaciones estudiantiles a las que refiere, que argumentara su necesaria reorganización, y demostrara que éstas nunca llevaron a cabo actividades y toma de decisiones por encima de la mayoría.

El profesor Ibarrola no acudió a la asamblea del martes 17, en la que concurrieron aproximadamente 1 200 integrantes de la comunidad (algo no visto desde hace mucho tiempo), seguramente debido a la falta de propaganda y al deseo de los grupos activistas de



*La asamblea del martes 17.
(Foto: de la pared FB
de Francisco Cerezo.)*

no hacerla prosperar, como aseguró. En esa asamblea, después de horas de discusión, y en las que se vertieron diversos puntos de vista, el paro cívico de dos días convocado por la CNTE fue aprobado por aproximadamente mil personas, ante apenas 200 que se manifestaron en contra. No tuvimos la oportunidad de escuchar la panacea de organización estudiantil que Bernardo Ibarrola nos ofrece. 🍷

🔗 VIERNES 20

Feria del (des)empleo

Agustín Córdova

Por décimo tercera ocasión, el 11 y 12 de septiembre se llevó a cabo la Feria del Empleo UNAM, organizada por la Secretaría de Servicios a la Comunidad, la Dirección General de Orientación y Servicios Educativos y los Servicios de Bolsa de Trabajo de las Facultades y Escuelas, con sede en las inmediaciones (estacionamiento para aspirantes) de la universidad. El objetivo de la feria, en **palabras** de sus organizadores, es

Ofrecer a los alumnos de los últimos semestres y a los egresados de la institución de nivel licenciatura y posgrado la oportunidad de conocer el mercado de trabajo y entrar en contacto con los oferentes de empleo, como estrategia para facilitar su incorporación al mercado laboral, en condiciones que

satisfagan las necesidades de los universitarios y de las empresas.

De acuerdo con la misma página, en dicha feria el mercado laboral estaría representado por empresas e instituciones de los diversos sectores de la economía. En un espacio de 3 750 metros cuadrados, las empresas e instituciones incrementarían su cartera de candidatos con el perfil acorde a sus necesidades, con la posibilidad de emplearlos. Dada la información anterior, la feria parecía una oportunidad invaluable. Pero, ¿qué puede encontrar un alumno de los últimos semestres, pasante o recién titulado de la licenciatura en historia?

En principio, con base en la revisión del folleto que se otorga a la entrada (previo registro), se advierte enseguida que, de todas las empresas e instituciones ubicadas en la feria, no hay una sola que se enfoque de forma específica en alguno de los campos en que un historiador puede desarrollarse laboralmente, es decir, la docencia, la investigación y la divulgación. Siendo así, el recorrido se reduce a visitar algunas opciones que podrían tener algún trabajo relacionado con la práctica de la profesión clionáutica; a saber, el Centro Educativo Cruz Azul, la editorial Santillana, el Instituto Mexicano de la Juventud, el periódico *Reforma*, la Secretaría de Gobernación y la universidad ICEL. Sin embargo, cubículo tras cubículo la decepción aumenta. Ninguno de estos empleadores ofrece trabajo para un novel historiador; si acaso, el Instituto Mexicano de la Juventud acepta recibir el *curriculum vitae* para agregarlo al cúmulo de papeles de jóvenes de variadas profesiones, para “tenerlos en cuenta” cuando se ofrezca alguna oportunidad laboral en su bolsa de trabajo.

Con las pocas esperanzas que quedan, el resto de las opciones laborales merman a meros — si se me permite el término— “empleos generales” que nada tienen que ver con el perfil de egreso que, en teoría, tendría un historiador de últimos semestres en curso, pasante sin pena ni gloria o titulado de buenas a primeras: Dish, Toks, Telcel, Telvista, Tien-das 3B y Walmart de México son las únicas empresas (ninguna institución) en las que un historiador pudiera cubrir alguna de las vacantes y no precisamente por ser historiador, sino simplemente por haber terminado la prepara-

toría o la licenciatura (sea la que sea). ¿Dónde quedó, entonces, la oportunidad de conocer el mercado de trabajo para un novel historiador? ¿Será acaso que el único mercado de trabajo para éste son los “empleos generales”?

Cabe señalar que quien organiza la feria, la UNAM, no es responsable directa de la poca oferta laboral; la UNAM sólo se dedica a llevar a cabo la logística de la feria, de acuerdo a la cantidad de empleos, vacantes, empresas e instituciones interesadas en participar. ¿Cuál será el destino de generaciones tras generaciones de historiadores que están por ultimar sus estudios o bien se enfocados en titularse o son ya recién titulados?

Concluuyamos: quizá la XIII Feria del Empleo UNAM es la concreta realidad de las primeras posibilidades laborales que tienen todas y todos los noveles historiadores feria tras feria y año tras año —algunas como empleado general, pocas relacionados a su profesión y ning(una) como historiador. 🍷

⌘ SÁBADO 21 Y DOMINGO 22

La vigencia del pasado en Chile

Bernardo Ibarrola

El derrocamiento del gobierno de la Unidad Popular encabezado por Salvador Allende a manos de las fuerzas armadas chilenas se ha colocado realmente por primera vez, a cuarenta años de ocurrido, en el centro de los debates políticos actuales de Chile.

Desde que Augusto Pinochet dejó el poder ejecutivo en 1990 se han sucedido cinco gobiernos. Pero a diferencia de los de Aylwin, Frei, Lagos y Bachelet —sostenidos en una coalición amplia de partidos cuyo principal objetivo común era el fin de la dictadura y la vuelta a los procedimientos democráticos—, el de Sebastián Piñera se ha pretendido como el primero de la normalización democrática; el primero de la posttransición: la secular y sólida derecha chilena que vuelve, se organiza en partidos, postula un candidato y reconquista La Moneda.

Al igual que la Concertación que gobernó entre 1990 y 2010, Piñera (cuyo mandato concluye a principios del próximo año) llegó respaldado por una coalición de partidos marcada esencialmente por la experiencia dicta-

torial. Creados con la bendición del general Pinochet en un ambiente político excepcionalmente favorable —los partidos “viejos” seguían prohibidos y no quedaba claro hasta dónde iban a ser permitidas las nuevas iniciativas de oposición—, Unión Democrática Independiente (UDI) y Renovación Nacional (RN, el partido de Piñera) fueron los instrumentos políticos del régimen militar a favor del “sí” en el plebiscito de 1988, que además perdieron.

Durante las dos décadas que estuvo en la oposición formal, la “nueva” derecha chilena maniobró ideológicamente con cierta comodidad. Autora del entramado institucional que permitió a los personeros de la dictadura mantener importantes cuotas de poder hasta bien entrado el siglo XXI —la comandancia del ejército en manos de Pinochet hasta 1998, el Consejo de Seguridad Nacional y una importante bancada de senadores designados corporativamente, con facultades reales de vigilancia y veto sobre el ejecutivo hasta 2005—, esa derecha gozaba de una influencia mayor a su presencia electoral. Al mismo tiempo, sin embargo, podía desmarcarse del pasado inmediato de la dictadura según le conviniera.

Luego de fracasar con dos candidatos falsamente carismáticos —Hernán Büchi, antiguo ministro de Hacienda de la dictadura y Joaquín Lavín, ex alcalde de la comuna más rica de la zona metropolitana de Santiago—, Sebastián Piñera (uno de los empresarios más adinerados del país) condujo a la derecha a su primera victoria electoral en más de medio siglo. Con todo, como presidente no ha podido resolver el predicamento impuesto a la derecha por la dictadura pinochetista: si se deslinda demasiado de ésta, además de perder sus apoyos más importantes, se vería obligado a renegar de tres cuartas partes de su propia biografía; si se asume como lo que es —la heredera directa del régimen militar— es muy

probable que esto suponga su derrota en la elección presidencial de este año.

Así, Piñera salió al paso del 40 aniversario del bombardeo de La Moneda rechazando las violaciones a los derechos humanos cometidas por la dictadura —su acto fundador—, pero al mismo tiempo aceptando y legitimando —o por lo menos comprendiendo y explicando— sus razones y sus logros. Descabellada propuesta interpretativa que se apoya en un cálculo equivocado del significado que el pasado (ese pasado en particular) tiene en Chile, como veremos mañana.

Distanciarse del gobierno militar con motivo del cuadragésimo aniversario del 11 de septiembre de 1973 no era una opción sensata para Sebastián Piñera o, más precisamente, para la coalición de partidos que lo llevó al poder; sus tres precandidatos presidenciales (Allamand, Longueira y Matthei) tienen vínculos personales con la dictadura.

Por ello, el discurso de Piñera buscó un medio entre su obligación de reconocer la gravedad del hecho y su voluntad de relativizar la responsabilidad de los golpistas. Hay que recordar que durante largos años, para Piñera y mucha de la gente con la que gobierna, el 11 de septiembre fue día de fiesta y nombre de calle para celebrar la heroica gesta del pueblo chileno por liberarse del yugo del marxismo. En su discurso, no hay una sola referencia a Salvador Allende ni se menciona jamás la palabra “dictadura”; sino “régimen” y “gobierno” militar. Según el actual presidente de Chile,

[el] violento golpe de estado, esa dolorosa fractura de nuestra democracia, no fue algo súbito, intempestivo ni sorpresivo. Fue más bien el desenlace previsible, aunque no inevitable, de una larga y penosa agonía de los valores republicanos, de un deterioro creciente de la amistad cívica y de un grave resquebrajamiento del estado de derecho [...] El gobierno de la Unidad Popular reiteradamente quebrantó la legalidad y el estado de derecho vigente [...] Esta situación, unida a malas políticas públicas, fue generando un creciente caos político, económico y social, que afectó gravemente la vida de los chilenos y el futuro de la nación...

Esta newsletter es una publicación semanal del Observatorio de Historia, donde se recogen los textos aparecidos en elpresentedelpasado.com
Sus editores son Halina Gutiérrez Mariscal,
Fernando Pérez Montesinos
y Luis Fernando Granados.
Toda correspondencia debe dirigirse a
observatoriodehistoria@gmail.com

Ni una palabra sobre los perfectamente organizados sabotajes de la oposición, ni de la intervención de las fuerzas armadas en la deliberación pública, ni de una élite deseosa de la ruptura institucional. Todo un programa de transformaciones económicas y sociales —la nacionalización del cobre, principal producto de exportación del país, por ejemplo— calificado de “malas políticas públicas”. “En suma”, concluyó Piñera, “el quiebre de la democracia el año 1973 significó el fracaso de una generación”. O sea que las responsabilidades se distribuyen; la culpa, a fin de cuentas, es de la época:

El golpe de estado del 11 de septiembre y el gobierno militar que lo sucedió no fue un fenómeno exclusivo de Chile, sino una realidad que en el contexto de la guerra fría se extendió a casi todos los países de América Latina...

La ex presidenta Michelle Bachelet decidió conmemorar el 11 de septiembre en el Museo de la Memoria, la otrora Villa Grimaldi, enorme centro de detención, tortura y ejecuciones, en la que ella misma y su madre estuvieron presas algún tiempo. La acompañaron los ex presidentes Lagos y Frei —Aylwin, de 95 años, se excusó por motivos de salud—. En su **discurso**, la candidata presidencial de la oposición fustigó:

Lo que no es justo es hablar del golpe de estado como un destino fatal e inevitable. No es justo afirmar que hubiera una guerra civil en ciernes, porque para dar continuidad y respaldo a la democracia se requería

más democracia, no un golpe de estado. Las responsabilidades de la implantación de la dictadura, los crímenes cometidos por agentes del estado, la violación de los derechos humanos, no son justificables, no son inevitables y son responsabilidad de quienes los cometieron y de quienes los justificaron.

Y agregó:

es necesario establecer claridad sobre la naturaleza de lo sucedido. [...] Ello significa reconocer la diferencia radical entre democracia y dictadura. Hay algo inaceptable, ayer, hoy y mañana respecto de la dictadura. Y es el abismo moral y político entre dictadura y democracia que constituye la base sobre la que se construye y se sostiene nuestra vida en sociedad [...]. Y es necesario comprender que aún tenemos una fractura profunda entre quienes justifican la dictadura y aquellos que confiamos en la democracia para enfrentar una crisis.

Con estas palabras, Bachelet dispuso el enfrentamiento ideológico para las siguientes elecciones: el gobierno de Augusto Pinochet, ¿régimen militar o dictadura?, ¿justificable o injustificable? Piñera, por su parte, hizo evidente la imposibilidad de (o falta de voluntad para) proponer una conmemoración capaz de cohesionar a toda la élite política. Independientemente del resultado de las próximas elecciones, mientras no se deshaga realmente del fardo de Pinochet, la derecha chilena no podrá normalizarse. 🍷